

tico que, realizados desde la excluyente óptica de las elites, era costumbre leer, y muestra, con éxito, un análisis desde lo social-cultural y desde lo que se ha denominado la historia vista desde "abajo", desde los sectores subalternos.

Transitando el territorio de la cultura política, la autora hace un análisis detallado del sistema de representaciones de los individuos de ese entonces para revelar las ideas y creencias en torno a la autoridad y su legitimidad, a la comunidad y a sus expectativas para el futuro, a su identidad y la relación con el "otro"

Se evidencian también las costumbres que adoptaban, las tradiciones que asumían, sus temores y frustraciones y las explicaciones que daban sobre las luchas que decidían emprender.

Por ello, tal como lo afirma la autora, la investigación no se proponía analizar las razones de la Independencia, sino estudiar la manera como en ella habían participado los diferentes sectores de la sociedad.

En *Reclamos y representaciones* se demuestra cómo, si bien el contenido de las reformas borbónicas había sido sentido y mirado por los criollos como una nueva forma de imperialismo en la órbita de lo económico-social y político, fue en el espacio de la cultura en el cual tuvo lugar el desencuentro.

Hasta entonces, los criollos se habían representado su sociedad como el producto de un pacto en el cual su identidad y su espacio social derivaban su legitimidad del reconocimiento de sus derechos a cambio de la lealtad que habían venido demostrando a la corona.

En el marco de dichas reformas, la llegada de nuevos saberes con la Ilustración propició cambios de enorme importancia: innovaciones en el lenguaje, nuevas formas de sociabilidad y experiencias diferentes, experiencias relacionadas con otra manera de aproximarse al conocimiento de la naturaleza y de la sociedad, indujeron modificaciones en esa imagen que los criollos tenían de sí mismos, de su sociedad y del papel que en ella desempeñaban.

Así, por ejemplo, aquí —al igual que en la Francia del siglo XVIII— se pusieron de moda y circularon, cambiando su tradicional sentido, palabras tales como libertad, justicia, utilidad y felicidad. Una idea de patria comenzó a germinar: la patria entendida como la asociación para el logro del bien común antes que para los

intereses particulares. Y la administración española comenzó a mirarse como lenta, inepta y corrupta.



Todo ello condujo a un compromiso con la transformación de la realidad americana. Los criollos no podían reconocerse en el orden que implicaban las reformas y sentían, además, ilegitimado el pacto por parte de las autoridades metropolitanas.

Algo similar tuvo lugar entre las gentes del común. Los vecinos poseían una peculiar concepción de su orden social y de su identidad; no obstante, compartían con los criollos algunas imágenes de las representaciones.

Muy diferente fue, en cambio, la experiencia de los indios hispanizados, quienes poseían cierta conciencia de ser el "otro".

Del trabajo merece destacarse también que, contra toda creencia anterior, la investigación muestra cómo la participación de los sectores populares en lo considerado público local fue constante, rica y dinámica a lo largo del período colonial. Y el que, en virtud de la cultura política propia de los criollos, el apoyo popular fuese invocado y considerado de vital importancia para dirimir toda clase de querellas.

Además de lo anterior, un gran logro del libro estriba en que descubre —desde la perspectiva de la cultura— que la Independencia fue un proceso que buscaba mucho más que la autonomía para la gestión económica, social y política de una sociedad. En él, de manera relevante, la Independencia aparece como un proceso cultural que implicó la formulación de una propuesta de identidad.

Identidades, lealtades, pacto, fiesta, pasión, en fin, todo ello hace de *Reclamos y representaciones* un libro de obligada lectura, pues con él la autora coloca los estudios sobre la colonia y la Independencia en la vanguardia del debate actual y logra articularlos a los estudios sobre la república decimonónica y la contemporánea en un encuentro que no es el de la mera sucesión cronológica, tal como había venido sucediendo.

MARGARITA ROSA PACHECO

Otro recomendable

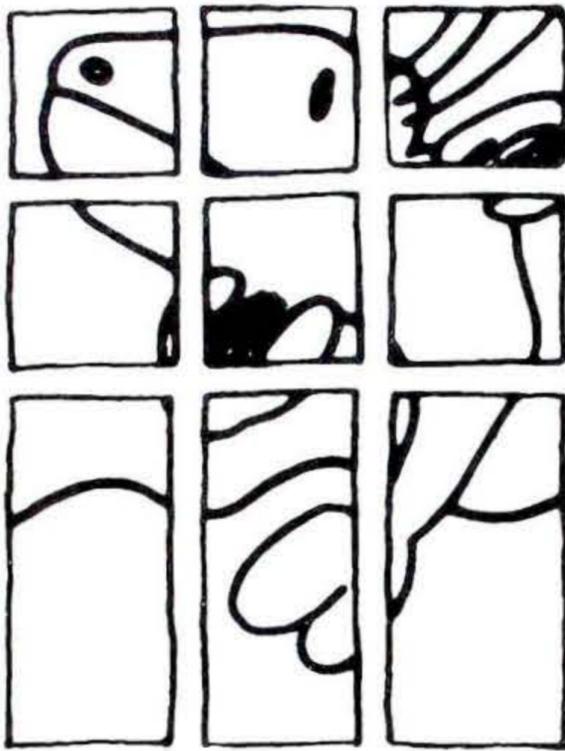
De la sociología a la historia

Jaime Jaramillo Uribe

Ediciones Uniandes, Santafé de Bogotá, 1994, 328 págs., ilus.

Se trata de una serie de 32 escritos del historiador Jaime Jaramillo Uribe, compilados y presentados por el profesor Gonzalo Cataño. El libro recoge materiales, elaborados por Jaramillo, para prólogos de libros, reseñas, como también intervenciones suyas en actos académicos, etc.

¡Enhorabuena! Las universidades más importantes del país: la Nacional, la del Valle, la UIS y la Javeriana cuentan ahora con programas de historia como carrera académica independiente. Licenciados en educación, demás profesionales de las humanidades e incluso ingenieros han tenido la oportunidad de realizar cursos de maestría en historia tanto en Bogotá como en provincia. Hasta ahora, en pregrado o en posgrado, los recursos metodológicos de referencia, por excelencia, son tomados de los ejemplos que ofrece la historiografía extranjera. De Jaramillo Uribe, se conocen y se leen sus trabajos acabados: El pensamiento colombiano en el siglo XIX y Ensayos de historia social, pero quienes ni tuvimos la suerte de ser sus alumnos, ni tampoco formamos parte del círculo de sus amigos, desconocíamos sugerencias, recomendaciones y advertencias suyas expresadas por fuera de sus trabajos clásicos.



Es por eso de gran utilidad el libro en reseña. Para el historiador en formación en Colombia es clave la figura de Jaramillo Uribe, por constituir él una síntesis de las corrientes de pensamiento occidentales más avanzadas después de las dos guerras mundiales, por generar una nueva concepción en el país de la manera de hacer historiografía y, finalmente, porque considerando a la historia como síntesis de las ciencias sociales, nos ofrece, en sus obras, el paradigma de la manera como historia e historiador deben establecer el diálogo con las demás ciencias del hombre. Jaramillo cree, por ejemplo, que la imaginación en el historiador es indispensable. Pero, según él, no se trata de una imaginación simple. Un ejemplo de errónea interpretación de la comprensión imaginativa sería intentar pasar, por elemental analogía, de una época a otra. Sostiene que “quien posee en verdad el sentido histórico no puede imaginarse situaciones ni reconstruir atmósferas que no tengan apoyo en los hechos de la época, las situaciones y los procesos que trata de historiar y comprender” (pág. 126). Para él, la imaginación tiene que ver con la capacidad de superar las fuentes convencionales, recurriendo a la multiplicidad de las fuentes: cartas, memorias, papeles personales, fotografías, dibujos, vestidos, muebles, etc. En el siguiente pasaje se revela la preocupación de Jaramillo por ahondar en el estudio de las fuentes primarias para lograr tesis mejor acabadas: “Nuestra nueva historiografía —dice— hace muchas referencias a la burguesía colombiana del siglo XIX, le atribuye intereses, intenciones, capacidades e incapacidades, pero es

poco lo que ha hecho para establecer, para documentar, para probar el grado de desarrollo y la existencia real de una conciencia de clase en nuestra naciente burguesía del siglo XIX. Se supone que eran burgueses quienes defendían el liberalismo, el *laissez faire* y los derechos individuales. Pero ni el liberalismo, ni el *laissez faire*, ni el individualismo son suficientes para definir la conciencia burguesa que no sólo está hecha de ideologías políticas y económicas, sino de hábitos, de formas de trabajo y de pensamiento, de actitudes éticas, de gusto y de formas de consumo, de intereses y ambiciones...” (pág. 126).

Para Jaramillo Uribe, en la formación del historiador no sólo cuentan los pasos metodológicos clásicos condensados en el dominio de recursos científicos y de una sólida cultura histórica. Jaramillo les confiere un papel importante a los valores artísticos de la obra histórica. “Sentido y sensibilidad artísticas parecen ser indispensables para el historiador”, dice. Así, enumera las cualidades estéticas del estilo del historiador: “Sobriedad en primer lugar; ausencia de retórica, de lo superfluo, de consignas, de clisés, en una palabra de fárrago. Que en su texto sólo haya las palabras indispensables para transmitir una idea con claridad, sin posibilidad de confusiones. Casi podríamos decir que claridad y belleza se identifican en la prosa histórica y en la científica.

Hay unas categorías del estilo científico como las hay del novelístico o del poético. En el caso del historiador como en el del científico, de la claridad y orden de los conocimientos, la belleza aparece como resultado intrínseco. Donde hay fealdad generalmente hay confusión. Y viceversa, donde hay orden y claridad de los conceptos la belleza surge como producto natural. Lo que se piensa bien se expresa bien, decía Pascal. No hay pues mala expresión para un pensamiento correcto, ni habrá belleza cuando se tengan pensamientos confusos” (pág. 123-124). Afirmando que su interés en la vida académica ha sido alcanzar una historia objetiva, libre de dogmas metodológicos o de prejuicios políticos, nacionales o sociales, recalca: “Mi criterio ha sido: señalar a mis alumnos, o a quienes me consultan sobre planes de investigación, primero, los campos menos conocidos de la historia nacional; segundo, aquellos cuyas fuentes están más a la mano; y tercero, los temas que más se adapten a la

preparación, aficiones y capacidades del estudiante en cuestión” (pág. 306).

La inclusión de entrevistas y artículos cortos en el libro es acertada, por cuanto a través de ellos el lector conoce de cerca y en concreto el pensamiento del autor. Aquí, Jaramillo aparece de cuerpo entero. Sin la mediación del objeto histórico, precisa su concepción no sólo de la investigación histórica sino también de problemas históricos propios y universales. El libro presenta la imagen que de Tomás Jefferson, de Karl Jaspera, de Eduardo Spranger en lo externo y de Luis E. Nieto Arteta, Antonio García y de sus alumnos en lo interno, tenía el profesor Jaramillo.

CÉSAR AUGUSTO AYALA DIAGO
Universidad Nacional de Colombia

Habla un autor

Presentación del libro En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación de la Nueva Granada, 1760- 1856, publicado por el Banco de la República en abril de 1994, a cargo del autor el profesor Hans-Joachim König, el 5 de abril de ese mismo año, en la sala de conferencias de la Biblioteca Luis-Angel Arango.

Señoras y señores, queridos amigos y colegas:

Es una alegría singular y un gran honor para mí presentar, en versión castellana, un libro mío que se editó por primera vez en el año 1988 en Alemania. Se trata de una tesis de habilitación, que adicionalmente a la tesis del doctorado tenemos que escribir y publicar los estudiosos y científicos en Alemania para poder obtener una cátedra. El libro ha encontrado bastante interés y afirmación entre los colegas alemanes y germanohablantes en Europa y Latinoamérica, pero, eso sí, ha sido leído casi exclusivamente en círculos académicos, sin llegar hasta aquellas personas cuya historia es el objeto de la obra, es decir: a los colombianos en general.

En el día de hoy este libro aparece por fin en edición colombiana gracias al Banco de la República, que viene realizando una espléndida labor de promoción de la ciencia y la cultura en Colombia; con